



CUANDO
CALIENTA
EL SOL

DIEZ HISTORIAS ERÓTICAS PARA REMOJARSE

Editorial **Café con Leche**

Cuando calienta el sol

*Diez historias eróticas
para remojarse*

VV. AA.



bestofthebest1

ÍNDICE

Introducción.....	4
<i>Helena</i>	8
Los culpables.....	22
Créditos.....	27



INTRODUCCIÓN

Dicen que en el sexo no hay reglas. Algo debe de haber de cierto en esta afirmación, porque en la ficción erótica hay tantos gustos como colores. Desde las historias escatológicas de Pierre Louÿs hasta las *futanari* con pene y vagina del manga japonés, desde el erotismo más o menos contenido de Colette hasta el nuevo romance contemporáneo, la literatura goza de una tradición riquísima y no siempre bien conocida de este género. Un género al que le ha tocado cargar con el sambenito de sucio y libertino, pese a que su influencia se deja sentir en casi cualquier novela de hoy en día. Gracias a Dios, ya no es tabú escribir sobre sexo, aunque no siempre el autor o la editorial puedan admitir que eso es en lo que se basa su relato.

Cuando planteé la idea de una antología de relatos eróticos basados en el verano como proyecto inicial de la editorial Café con Leche, era fin de semana y hacía calor. Estaba muy excitada con la idea. Creo que los autores que se apuntaron inmediatamente al carro no eran conscientes de que pasarían a formar parte de una de mis muchas fantasías: aquella en la que escritores noveles y profesionales a los que admiro me cubrían de historias tórridas, de palabras procaces, de narraciones de todo tipo que se cimentan en lo más profundo de nuestros

deseos y experiencias, pero que no se arrepienten de su cualidad de ficción ni por un instante.

Realmente, si algo ha surgido de esta selección de relatos han sido historias *de todo tipo*. Los autores, aguerridos, se han puesto las gorras de exploradores de nuevos parajes, los ajustados trajes de neopreno para bucear en las profundidades, y se han despojado de sus prendas habituales para mimetizarse con la carne. El resultado son diez relatos exquisitos en los que se suceden otros diez veranos, tan diferentes entre sí como niños criados en partes opuestas del mundo. Relaciones heterosexuales, homosexuales y más allá. Historias cómicas, evocadoras, pornográficas, turbadoras o reflexivas.

El orden que proponemos es solo orientativo. Este tipo de libros están hechos, más que ningún otro, para leerlos a saltos. Para buscar los relatos que más curiosidad te despierten, releer *esa* escena que te provoca escalofríos y compartirla con quien tú prefieras. Lo que quizás llame la atención, y que como coordinadora de esta colección me llena de orgullo, es que además de eso son susceptibles de ser leídos y disfrutados a otro nivel por cualquier persona que aprecie la literatura, puesto que al contrario que muchas historias gratuitas que ilustran las páginas porno o ciertas revistas, ni una sola de las historias de *Cuando calienta el sol* desmerece en ese ámbito.

Así, tenemos una enfermera pícara que seduce a un adolescente en *Helena*, el primer relato; una muchacha que hace un trato con la reina de las hadas en *Tres atardeceres*, una deliciosa versión de un conocido cuento; una joven que es salvada por un socorrista de aspecto angelical, pero de gustos un tanto más oscuros, en *Sin respiración*; una pareja que decide explorar nuevos caminos mientras hacen obras en su casa en *Reformas en el*

dormitorio; un muchacho que espía las idas y venidas de su vecina con otras personas en *Otro verano aburrido*; una violonchelista que regresa a su ciudad natal y se encuentra con viejos amigos y enemigos en *Románticos violines*; una pareja de chicas en la que una castiga a la otra sin sexo en *El reflejo condicionado*; dos militares que marchan muy juntos en un tanque muy pequeño en *1920*; una pareja heterosexual que decide experimentar con el sexo anal, con él en el extremo receptor, en *La Bestia Negra*; y como colofón, una abducción extraterrestre que deriva en un viaje erótico en *Alienígenas bisexuales del espacio exterior*, relato con el que se cierra esta antología, al menos hasta el verano que viene.

Lo último que me gustaría destacar de este compendio de feromonas desatadas, más allá de la calidad y la variedad que era esperable de estos autores, es un detalle que se plasma a la perfección en el hecho de que las mujeres de la mayoría de relatos tengan el sexo sin depilar. Los coños peludos, que abundan en esta antología, no son más que un símbolo de la clase de personajes femeninos que el lector encontrará en estas páginas, casi en las antípodas de buena parte de la ficción erótica actual: mujeres fuertes e independientes que saben lo que quieren o están dispuestas a experimentar para encontrarlo. En sus relatos, ellas deciden. El macho dominante es una sombra difusa y el príncipe azul, una fantasía lejana que como tal permanece. Aquí las chicas son conscientes de la brevedad del amor, de la fugacidad de la pasión, y viven estos sentimientos reinventándose cada día. De no ser porque tengo mis reservas con la palabra, diría que es una postura infinitamente más realista.

La editorial Café con Leche y sus autores hemos trabajado mucho en este libro con la intención de ofrecer

el mejor producto posible. Si aun así encontraras algo que no fuera de tu agrado o tienes sugerencias para futuros títulos, contacta con nosotros a través de Twitter (@edcafeleche), Facebook o el correo electrónico: cafe@editorialcafeconleche.com.

Esperamos que lo disfrutes. En muchos sentidos.

Diana Gutiérrez
Agosto de 2014



1/10

HELENA

Mateo Serna

El día que mi padre descubrió los porros preparados en el cajón de la mesita de noche supe que se me había terminado el verano antes incluso de que empezara. Es juez; así que también ejerce de lo mismo en casa y, más que castigarme, lo que ha hecho casi siempre ha sido dictar sentencias ejemplares.

Aunque a ojos de cualquiera no lo pareciese, para mis padres y su ristra inmensa de preceptos de perfección y apariencia, era un chico problemático. Había repetido dos veces y, a mis dieciocho años, todavía me encontraba en el instituto, cosa nada fuera de lo habitual; simplemente no me gustaba estudiar. Eso era todo. Sin embargo, ellos no lo entendían y su incomprensión me rebelaba aún más contra las clases, el instituto y los profesores. Bebía y fumaba desde los catorce; pero igual que mis compañeros de clase, nada nuevo bajo el sol. Y aunque sí es cierto que los porros formaban parte de mi rutina diaria, tampoco es

que aquello fuera algo por lo que mi familia tuviera que avergonzarse o castigarme. Era un adolescente. Ni más. Ni menos.

Tenía alma de líder, eso lo sabía todo el mundo; pero aunque mis padres pensarán lo contrario, tampoco era un camorrista, la verdad. A mí eso de las pandillas y las tribus urbanas no me había gustado nunca y prefería ir por libre. Cosa muy difícil cuando tu padre es juez, está relacionado con los altos cargos de todas las entidades de la ciudad de provincias en la que vivimos y se le ocurre que, para joderte el verano, lo mejor es que pases tres noches por semana en la clínica de un amigo suyo limpiando cristales para «aprender de la vida» y «dejar esos vicios que no llevan a ninguna parte más que a la autodestrucción».

Claro, que la voluntad tiene caminos inescrutables y mi voluntad por desobedecerle terminó encontrando sus propios caminos hacia la libertad. Y, ya puestos, hacia el placer.

Así que allí estaba yo aquella noche de verano, sudando bajo la camiseta y odiando fervientemente a mi padre mientras me echaba un cigarro en la puerta de la clínica para hacer tiempo antes de comenzar con el primer día de aquella tortura a la que me había condenado. En verano, la gente se va a la costa y la ciudad se queda desierta. Curiosamente también se quedan desiertos los hospitales, como si la aparición del sol y las altas temperaturas fueran suficiente medicina para todos los enfermos. Apenas había coches aparcados y no me había cruzado con nadie desde que me había bajado de la bici. El lugar parecía más un tanatorio que una clínica privada para ricachones.

Daba calada tras calada y cuanto más fumaba menos me apetecía entrar, ponerme aquel uniforme de mierda

bajo el que sudaría todavía más y limpiar durante cuatro horas hasta que me diera la madrugada. Al menos, recé, esperaba que funcionase el aire acondicionado.

Sin embargo, cuando fui a dar la última calada porque no me quedaba más remedio que entrar, levanté la vista y tuve que sonreír a la fuerza. Alguien me estaba mirando. Era una mujer. O una chica. O una mujer. No lo sé. Era mayor que yo. Tendría unos treinta o treinta y cinco años, pero la verdad es que si me hubiera quedado mirándola durante más tiempo y hubiera dejado volar mi imaginación mientras la miraba, sin lugar a dudas se me habría puesto bien dura. Estaba buenísima. Pero lo que hizo que se me removiera el estómago y que me recorriera la espalda un escalofrío fue la manera en que me había mirado a través del humo de su propio cigarrillo. Seguro que me sonrojé. Y tuve que bajar la cabeza mientras daba aquella última calada y lanzaba el cigarrillo, pero cuando la volví a levantar, la mujer ya no estaba.

Una enfermera que tenía más aspecto de bulldog que de persona me esperaba en una habitación donde me indicó las normas del lugar y donde tuve que ponerme aquel uniforme color azul y bajo el que decidí no llevar nada más que la ropa interior, no me fuera a ahogar en mi propio sudor.

Tras ponerme aquel uniforme detrás de una cortina, seguí al bulldog hacia la sala de material. Allí me indicó que cogiera un cubo con agua, un poco de detergente y un trapo y luego me llevó a un pasillo estrecho pero bien largo, lleno de ventanas cuyos cristales tendría que limpiar. El bulldog me dejó allí solo, me puse el iPhone a todo volumen en las orejas y comencé mi tarea sin dejar de pensar en mi padre y en su jocosa manera de torturarme. Me lo imaginaba en casa, tirado en su sillón

orejero y riéndose por dentro mientras pensaba en mí y en lo dócilmente que había acatado su jodida decisión.

Mojaba el trapo en el agua y limpiaba ventana tras ventana al ritmo de Franz Ferdinand y su *Do you want to* una y otra vez. Cada vez que el trapo salpicaba los cristales de agua, me imaginaba la cara de mi padre y eso me hacía frotar con más ahínco. Tan concentrado me encontraba en imaginarle que no me percaté del escalofrío que me sobrevino por la espalda. Era como si alguien me estuviera observando. Aunque en realidad, era así. Alguien me estaba mirando. Pude comprobarlo a través de su reflejo en la ventana cuando el escalofrío me sorprendió por segunda vez.

La mujer que me había encontrado en la puerta del hospital se reflejaba en los cristales desde un extremo del pasillo. Llevaba puesto el uniforme de enfermera. Me asusté al creer que se habían cruzado nuestras miradas sobre el cristal y disimulé empapando su reflejo con el trapo lleno de agua. Las gotas resbalaron hacia abajo y ella seguía allí, como una fotografía inmóvil sobre el cristal. Dudé. ¿Me estaba mirando o no? ¿Estaba allí porque sí? No comprendía nada pero mis ojos se iban a su figura una y otra vez, movidos por la curiosidad. Ni siquiera sabía si ella era consciente de que yo la hubiera visto.

Después de limpiar otro par de ventanas me acostumbré a su presencia. Me relajé. Probablemente estuviera descansando o escabulléndose del trabajo o lo que fuera que hicieran las enfermeras. A lo mejor el bulldog le había pedido que me vigilara. Aquel pensamiento me gustó y me recreé un poco en él mientras limpiaba otro cristal. Había tantas versiones de la historia de la enfermera vigilante que mi mente de

adolescente podía llegar a inventar que hasta disfruté de aquel instante.

Sonreí canino ante los pensamientos que bullían en mi cabeza y me agaché de forma exagerada para mojar el trapo en el cubo con agua, siendo muy consciente de cada uno de mis movimientos.

Ella continuó impassible y yo me atreví a observarla un poco más detenidamente. Era morena. Tenía el pelo recogido en un moño algo despeinado y se le caían algunos mechones sobre la frente y la nuca. No pude evitar sonreír cuando me di cuenta, bajando la mirada, de que llevaba los botones de la parte de arriba del uniforme algo más desabrochados que el resto de sus compañeras. Me fijé en el camino de su escote, que dejaba entrever el canalillo entre dos tetas de escándalo, de esas redondas y bien colocadas, de las que da gusto sostener entre las manos y que eran capaces de hacer estallar sujetadores y... otras cosas. También llevaba la falda del uniforme más corta que las demás. Tenía las piernas doradas por el sol y seguramente suaves al tacto. En momentos como aquel me encantaba que fuera verano. Me pasé la lengua por entre los dientes al imaginar mis manos sobre sus piernas y después, cuando me di cuenta de que si no tenía cuidado aparecería una enorme tienda de campaña bajo aquel pantalón tan fino que dejaba entrever casi todo lo que se moviera debajo, miré hacia el reflejo de su cara. No quería que mi excitación me dejara en evidencia.

Pero no hice bien. Su cara, como sus piernas, era capaz de producirme no una erección instantánea, sino casi que me corriera al instante y sin tocarme. Acababa de girarla levemente, pude comprobarlo por el rabillo del ojo justo cuando su mirada se posó en mi trasero. Arqué una ceja por la sorpresa sin dejar de mirarla. Tenía los ojos grandes, marrones; las pestañas larguísimas y la boca

gruesa y bien pintada de un rojo que destacaba por encima del blanco del uniforme. Habría jurado que las enfermeras tenían prohibido llevar maquillaje, pero qué queréis que diga, no me importó que lo llevara. Y allí la noté de pronto, mi polla despertándose de su letargo y yo pendiente del reflejo de aquella mujer. Tuve que resoplar un par de veces mientras disimulaba limpiando de nuevo el mismo trozo de cristal para alejar aquellos pensamientos de mi cabeza y que la erección bajara tan rápido como se había elevado.

Cuando por fin lo hizo, me di la vuelta y me quité un auricular. La mujer se movió en aquel instante y caminó en mi dirección. Le sonreí educado. Al fin y al cabo, era el chaval que estaba cumpliendo un castigo de su padre en la clínica. Aparte del dueño, seguro que más gente le conocía, así que tenía que dar la mejor imagen de mí mismo. Cosa algo difícil debido a mi aspecto, con el pelo desaliñado, un arete en la oreja y el iPhone a todo volumen, pero tenía que intentarlo. Debía ser el modosito adolescente que no hubiera roto un plato en su vida y que cumpliera con su tarea mejor que nadie.

Claro que ser adolescente era más difícil de lo que parecía porque, aunque mi cerebro quisiera hacer una cosa, mis hormonas se empeñaban en lo contrario.

—Buenas... —le dije con demasiada seguridad en la voz cuando pasó tras de mí, alargando exageradamente la última sílaba, como si la conociera de toda la vida.

Ella sonrió y se detuvo con una carpeta apretada contra su pecho, lo que hacía que sus tetas amenazaran con salirse por el escote.

—Hola... Eres el chico nuevo, ¿verdad? —Sonrió, dejando entrever una dentadura perfecta bajo unos labios rojos y carnosos. Traté de asentir con seguridad pero algo me lo impidió, probablemente por sus gestos. Me

parecían tan voluptuosos que todas las venas de mi cuerpo amenazaban con estallar—. Me han dicho que eres un estudiante de instituto, ¿es cierto?

Asentí mientras me quitaba el otro auricular y me guardaba el iPhone en el bolsillo del uniforme. Después, me encogí de hombros con una actitud que yo pretendía chulesca pero que probablemente resultó descafeinada.

—Mmmmm... —Su gesto de asentimiento me puso de punta los vellos de la nuca. Mientras tanto, ella se acercó a mí como si quisiera contemplarme mucho más de cerca y me acarició la cara. Podría haberse tratado de un gesto maternal, no lo niego, pero yo no lo sentí así—. Tienes una piel muy suave debajo de esa barbita —Se rio y volvió a acariciarme la mejilla—. No parecías tan joven cuando te vi hace un rato en la entrada, pero ahora que te veo de cerca... no se puede negar que tienes cara de niño.

Tengo que decir que aquello me ofendió un poco. En absoluto era un niño. Tenía dieciocho años y hacía mucho tiempo que había dejado de serlo. Por eso me dejaba aquella barba incipiente que no tenía los huevos de ser tan espesa como yo quería. Y que encima era más rubia de lo que yo hubiera deseado. Supongo que tenía que darle las gracias a los genes de mi madre por tener el pelo algo claro en la cabeza y en la cara, aunque no sobre el pecho, donde era oscuro y rizado, como el de mi padre. Igual que mi piel, que era igual de oscura que la suya. Sin embargo, a pesar de la ofensa, sonreí. Tenía que seguir interpretando aquel papel de niño bueno y si mi físico ayudaba, pues bienvenido fuera.

—Me caes bien. Encajas aquí tan poco como yo —dijo después de una pausa—. Soy Helena, una de las pocas enfermeras del turno de noche. Ya sabes, esto es más bien un centro de día y hay poco que hacer durante la noche. Es un aburrimiento, a decir verdad —Cuando

dijo eso, sonrió y bajó la mirada; me recorrió el cuerpo con los ojos de abajo arriba y a mí me recorrió un escalofrío por toda la espalda—. Menos mal que nos han traído una novedad para estas noches aburridas de verano —Sonrió—. Te advierto de que a veces falla el aire acondicionado en los pasillos y esto se vuelve un infierno. Por suerte, en la sala de enfermeras no falla, así que pásate por allí. Estoy yo sola y te puedo dar un poco de té helado. Además... —Me guiñó un ojo—. Allí podemos fumar, pero tienes que prometerme que serás un buen chico y no se lo dirás a nadie.

Le di las gracias y ella me acarició de nuevo la mejilla con el dorso de la mano y volvió a comentar lo joven que era mientras se alejaba pasillo adelante, contoneándose con todas las curvas de su cuerpo embutidas en aquel uniforme demasiado estrecho.

Tuve que morderme el labio inferior al mirarla; su actitud y lo que se intuía debajo de su uniforme me habían puesto realmente cachondo. A mi edad hacía falta poco para ponerme a cien; pero aquella mujer había superado todas mis marcas. Cerré los ojos y respiré hondo varias veces seguidas para evitar el calentón. Me veía en un cuarto de baño descargándome a todo correr y no quería hacerme una paja rápida con aquella sensación, quería que me durara hasta llegar a casa y poder correrme a gusto pensando en Helena sobre la cama, sin que nada ni nadie me molestara.

Seguí limpiando cristales como pude pero tuve que hacer una pausa. No me concentraba, me estaba mareando. Ya no sabía si lo estaba imaginando o no; pero de pronto sentía que el calor me estaba abrasando el cuerpo. Y tampoco sabía por qué. ¿Era yo el causante del calor al imaginarme a una Helena desnuda y complaciente

sin poder evitarlo o es que había fallado el aire acondicionado?

Continué mi tarea tratando de no darle importancia al sofoco. Creía que, aparte de lo anterior, se debía a que me estaba agachando sin parar para mojar el trapo en el cubo pero cuando noté el sudor deslizándose por entre mis piernas, amenazando con escocerme la piel por el roce con aquel uniforme que a pesar de lo liviano me sobraba por completo, las palabras de Helena acerca del aire acondicionado de la sala de enfermeras resonaron con fuerza en mi cabeza.

El cuerpo entero me vibraba e incluso me preocupé. Sudaba profusamente. La piel me ardía, igual que si hubiera estado bajo el sol a media mañana un día de verano. Dejé todo el material de limpieza donde estaba y avancé por el pasillo sin ser consciente de que podía estar yendo a la boca del lobo al acudir a su llamada.

Aunque, en realidad, quizá era eso lo que deseaba.

Llamé a la puerta y nadie respondió, así que me decidí a abrirla. Helena estaba sentada bebiendo té helado y fumando un cigarrillo asomada a la ventana. Al escucharme se dio la vuelta y me sonrió con una sonrisa pícara.

—Menos mal que has abierto la puerta —comentó con cierto desdén—. No me apetecía levantarme a abrirla. Ven —Me señaló la silla que había frente a ella—. Toma asiento. Aquí se está fresco.

Me senté pero no me encontraba cómodo. Estaba nervioso y no sabía por qué. A fin de cuentas, por muy buena que estuviera Helena, no era la primera tía con la que me encontraba a solas, pero lo cachondo que me ponía aquella mujer era completamente nuevo para mí.

Había follado un par de veces. Algunos de mis amigos incluso unas cuantas veces más, pero el colegio privado al

que me llevaban mis padres no favorecía precisamente que lo hiciera más a menudo, lleno como estaba de chicas remilgadas de buena familia que más parecen señoronas bien vestidas que jóvenes.

La primera no recuerdo ni cómo se llamaba. Había convencido a mis padres para que me dejaran pasar una noche en casa de un amigo y salimos a escondidas. Nos colamos en un garito de mala muerte y allí la conocí. Me puso tan cachondo que no pasamos de los baños. Nos comenzamos a liar contra la barra del bar y mi instinto me llevó a meterle la mano bajo la camiseta, allí, delante de todo el mundo. Creo recordar que ni siquiera era consciente de lo que hacía. Después, me dio la mano, nos metimos en el aseo de chicas y me la follé contra la pared. Como si desde siempre hubiese sabido lo que tenía que hacer. Supongo que debería haber sido una experiencia memorable, colosal, inaudita, pero no fue más que un polvo. A mí no me importaba echar el primero, sino todos los que se supone que vendrían después de aquel.

La segunda pasó sin pena ni gloria también. Habían pasado varios meses desde la primera vez y me había decepcionado por que ese primer polvo no me abriera la puerta a muchos más. Encontrar chicas dispuestas en mi entorno religioso y de colegio de pago era casi tarea imposible. Salvo por Alma, la chica nueva. Llegó a mediados de curso. Enseguida comenzaron a correr rumores sobre ella; que si la habían echado del internado, que si se había escapado de casa, que si decía siempre lo primero que se le pasaba por la cabeza sin importarle si estaba hablando con un profesor o con la madre superiora... Me dio tanta curiosidad que la observaba desde la distancia, en el recreo, en los cambios de clase. Al final, tras un par de días, hablé con ella. Me tentó. La

tenté. Una cosa llevó a la otra y terminamos follando el fin de semana en la cama de sus padres.

Y no volví a verla.

El lunes no apareció por el colegio y de nuevo volvieron a desatarse los rumores. La llamé pero tenía el teléfono apagado. Lo estuve haciendo durante toda aquella semana y después me cansé. A fin de cuentas, ya había conseguido lo que quería de ella y una segunda vez tan solo habría sido un premio.

Sin embargo, ninguna de aquellas chicas me había puesto tan nervioso como Helena. Verla allí, delante de mí, saltándose las reglas de la clínica, fumando donde no se debía, haciendo algo prohibido con conciencia de hacerlo y sonriendo con picardía me secaba la boca y me hizo darme cuenta de que, a pesar del aire acondicionado, seguía sudando y acalorado.

Helena se levantó y se acercó a la cafetera. Echó café en una taza y me lo sirvió negro, solo.

—Toma. Me he acabado el té y solo queda café. Ya eres mayor para tomarlo sin leche, ¿no?

No supe decirle que no, pero jamás había probado el café solo. Normalmente lo tomaba con mucha leche y muchos terrones de azúcar. Sin embargo, me lo llevé a los labios. Estaba ardiendo, pero tampoco me quejé. Me encantaba que me hubiera dicho aquello de que ya era lo suficientemente mayor. La miré de reajo mientras seguía bebiendo. Ella estaba haciendo lo mismo mientras fumaba distraídamente el cigarrillo. Cuando vio que la estaba mirando sonrió, sacó su cajetilla y me ofreció uno. Yo me negué, tenía los míos en el pantalón; le dije educadamente que no quería abusar de su amabilidad y ella se rio mientras insistía.

—No seas tonto, sé lo que es ser un adolescente fumador y tener que ir mendigando el dinero para

comprar los cigarrillos. No te gastes los tuyos cuando puedes... utilizar los míos.

Le cogí el cigarrillo, me lo puse entre los labios y cuando ella se inclinó para encendérmelo con su mechero a punto estuve de dejarlo caer por lo abierta que se me puso la boca. Cuando Helena se inclinó, debió de hacerlo mucho más de lo esperado, porque su canalillo, con aquellas tetas enormes, me quedó prácticamente a la altura de los ojos. No sé cómo lo hizo pero allí estaban, casi podía respirarlas, olerlas. De cerca tenían una textura mucho más suave de lo que parecían de lejos; y rebotaban y se movían como si fueran gelatina. Inconscientemente me llevé la mano a la entrepierna, porque con aquel pantalón tan fino, seguramente la erección que acababa de tener casi de manera instantánea se vería desde mil kilómetros de distancia.

Y como no podía ser de otra manera, cuando prendió el cigarrillo y yo inhalé, me atraganté y acabé tosiendo como si fuera un bebé que no se había fumado uno en la vida. Helena se rio.

—¡Qué mono! —dijo de nuevo entre carcajadas que más que de buen humor a mí me parecían traviesas y llenas de segundas intenciones—. Si es que lo que os pasa a los niños es que os empeñáis en hacer cosas de mayores... Ni siquiera debí haberte dado el café solo.

Me sonrojé de pies a cabeza y tuve que dar una calada profunda al cigarrillo para sobreponerme. Joder. Eso me pasaba por distraerme con cosas que no debía. Me puse muy recto sobre la silla y esta vez fui yo el que sonrió con picardía mientras daba una nueva calada al cigarrillo con la actitud más chulesca que sabía poner.

—Los niños... —comencé—. ¿A quién estás llamando niño?

—A ti, claro. Es lo que eres.

—Soy mayor de edad —repliqué.

Helena respondió con una carcajada a medias, como implicando que estaba diciendo tonterías así que me callé. Tenía la sensación de haber perdido la batalla incluso antes de comenzarla, como si Helena fuera un adversario imposible de vencer, como si sus ideas tan claras y fijas en su cabeza supusieran una barrera inalcanzable.

Lo único que se me ocurrió para evitar que siguiera pensando que era un niño pequeño fue beberme el café solo de un trago, y le pedí más. Ella se levantó a servirme un poco más y cuando se acercó con la jarra de la cafetera, no sé cómo ocurrió, pero acabó echándomelo sobre aquel uniforme horrendo. Di un grito porque estaba muy caliente y casi salté de la silla.

Helena se alarmó un poco y enseguida se puso a limpiar la mancha de café sobre el uniforme con sus manos. Eso me excitaba y me aumentaba el dolor sobre la piel a partes iguales, así que me separé como pude de ella y me levanté de la silla. No sabía de dónde habían venido aquellos nervios, pero los tenía. Sentirla cerca y tocándome sí que me hacía sentir indefenso. Sí que me hacía sentir como un niño pequeño.

—Lo siento —dijo con un tono no exento de picardía, como si casi hubiera planeado echarme el café encima desde el primer momento—. Soy un desastre. A ver qué podemos hacer —Se acercó a mí y yo di un par de pasos hacia atrás de manera completamente inconsciente—. Seguramente tiene que haber otro uniforme de sobra. Déjame ayudarte a quitártelo y...

Sin pedir permiso bajó la cremallera y me la desabrochó hasta abajo, hasta la base de mis calzoncillos como si, efectivamente, yo fuera un niño pequeño que no supiera hacer nada y que necesitase ayuda para todo. Al sentirme con el pecho desnudo comencé a tritar, pero no

sé si por el frío, por la excitación o por qué coño era.
Tenía calor, mucho calor, pero estaba tiritando.



LOS CULPABLES

Helena

Mateo Serna nació en Palencia en 1973. Se mudó a Madrid a los dieciocho años para estudiar filología hispánica y compaginó los estudios con la escritura de poemarios y obras de teatro que giraron por el circuito independiente de la capital. Ávido consumidor de *Callaghan on the rocks* y de Marlboros, no hay nada que le excite más que una conversación llena de dobles sentidos. Este relato es su primera incursión en la narrativa erótica, lo que, en sus propias palabras, ha sido un calentamiento (literalmente) para la creación de su nueva novela.

Tres atardeceres

Sofía Chase (Cornualles, 1983) es graduada en Teoría del Femslash por la universidad de Torres de Malory, área en la que ha desarrollado la mayor parte de su carrera como escritora. Su estilo se caracteriza por una cantidad exagerada de descripciones y una reticencia también exagerada a usar las palabras “polla”, “coño” y “follar”. Esta habilidad para irse por las ramas le ha granjeado gran cantidad de críticas favorables por parte de su abuela, la vecina del sexto y dos de sus primos, que piensan que escribe poemas para la revista del Domund. Cuando no está perdiendo el tiempo y llegando muy

justita a los plazos, la señorita Chase se dedica a dar de comer a los patos del parque y al encaje de bolillos. Actualmente vive en Matojos de Abajo con Fitzpatrick, su berberecho amaestrado, esperando el día en que Sasha Grey y Malena Morgan protagonicen un *remake* sin censuras de “La Residencia” (Narciso Ibáñez Serrador, 1969), pero como no es exigente le vale cualquier internado para señoritas.

Sin respiración

Leticia S. Murga es de color violeta y su número favorito del abecedario es Acuario. Ha estudiado muchas cosas y ha vivido en muchos sitios, pero a día de hoy aún continúa intentando averiguar cuál es su verdadera pasión. Se considera una escritora frustrada, a pesar de que a lo largo de su vida ha escrito montones de cosas, unas más dignas de ser compartidas con el resto del mundo que otras. A la hora de sentarse a escribir, Leticia busca relatar las historias que a ella le gustaría leer, porque considera que alguien tiene que escribirlas. Le gustan los videojuegos, la leche merengada (sin dobles sentidos), el heavy metal y los chicos que obedecen órdenes a la primera, especialmente si tienen el pelo largo. Antes también le gustaba el helado de vainilla, pero aquello decepcionaba a sus fans, así que se tuvo que pasar al de limón.

Reformas en el dormitorio

Álex Hernández-Puertas nació en Granada (España) un mes de septiembre, de padres heterosexuales. Empezó a escribir desde muy niño, aunque no escribió nada

indecente hasta mucho después, por suerte para todos. También ha escrito desde teatro serio a series de travestis. Se le suele encontrar con las gafas puestas y la nariz pegada a un libro o una pantalla, cuando no a una persona (aunque para eso se quita las gafas). Actualmente vive en la indecente Alemania y escribe para videojuegos (decentes). Tiene un marido, dos gatas y numerosos amigos con derechos.

Otro verano aburrido

De las muchas cosas que puede hacer con las manos, **Dizzie Gent** siempre ha destacado el escribir. Habitualmente escribe fantasía y ciencia ficción tanto en inglés como en español. Podéis seguirle en Twitter: @DizzieGent.

Románticos violines

Dafne Giralda Fuentes (Valladolid, 1985) compagina su gusto por la anatomía humana con la narración erótica. Sus primeras lecturas fueron unos graciosos libros de color rosa que había en el salón de su casa con una Sonrisa Vertical. En este relato rinde homenaje a la naturalidad de la música, acompañante de los momentos más importantes de nuestras vidas. Dedicar su relato a la poeta Diana Rodrigo Ruiz y al violonchelista Juan Mateo Revilla.

A veces con prisas, otras con lentitud estudiada, sostiene que la tarea de descubrir la piel del otro (o de la otra, o de los que sea necesario...) es el principio de lo erótico. Siempre que no se dedique a vestir y desvestir a sus parejas en público, considera su fetiche controlado.

El reflejo condicionado

Carolina Trias vive en Málaga con dos gatos, muchos libros y poca ropa. No sabe conducir ni poner una lavadora, pero sí anudar y desanudar un corsé en tiempo récord, lo que considera uno de los logros mejor aprovechados de su vida.

Estudió Filología Inglesa porque ama la literatura y está actualmente desempleada porque estudió Filología Inglesa. En su tiempo libre escribe, procura rodearse de mujeres más obedientes que ella e intenta convencer a sus amigos de que su afición por los nudos complicados es del todo inocente.

1920

Ricardo Cebrián (1980) es uno más de los que comenzaron a leer novelas porque hablaban de sexo. Hasta entonces solo conocía los mortadelos, las historias de tanques y los cómics de Conan, pero se dejó llevar por los libros de Nomanor, Historia de O y muchos otros que estaban escondidos en la última estantería de su casa. Esto, unido a su afición a la escritura, produjo lo obvio: empezó a escribir porno fantástico en el colegio con sus compañeros de clase como protagonistas.

El paso de los años y la maduración de su escritura le hicieron pensar que quizás debería dedicarse a cosas más sofisticadas, como la fantasía épica o el neorrealismo de oficina, pero una vez superada esa fase decidió que lo mejor era juntar el acero con los cuerpos desnudos. Conan pero un poco más guarro, Panzers con culitos de

acero. Quién sabe si algún día conseguirá encontrar una versión porno de Mortadelo...

La Bestia Negra

Rocío Vega nació en 1990 durante un eclipse de luna. Aunque sus profesores insistieron en que fuese a la universidad a hacer Periodismo, ella lo odia. Acabó estudiando gastronomía y ahora escribe en una cocina. Uno de sus relatos ganó un premio y le dijeron que parecía escrito por un chico. En sus ratos libres compra juegos de Steam compulsivamente, ve menos series que la media de su Facebook y lee novelas malas para destriparlas. Su pasión son los juegos de rol, menos en la cama. En la cama le gusta tener la boca ocupada en otras cosas.

Alienígenas bisexuales del espacio exterior

Diana Gutiérrez (Madrid, la Tierra, 1982) nació una noche de primavera y de pequeña quería ser astronauta. Abandonó la idea cuando se enteró, para su decepción, de que el ser humano no había puesto un pie ni remotamente cerca de la Nube de Oort. Se dedicó a estudiar cosas poco productivas y a trabajar para ganarse la vida, hecho que le agrió el carácter hasta extremos inconcebibles. Cuando descubrió que podía compartir sus historias de ficción erótica-conceptual, fue algo más feliz. Actualmente vive en Barcelona, traduce videojuegos con rollo bollo y cree tener recuerdos de alienígenas que la obligan a realizar todo tipo de actos sexuales, pero suele ser que se ha quedado dormida.



CRÉDITOS

Idea original

Diana Gutiérrez

Edición y coordinación

Diana Gutiérrez
Ricardo Cebrián

Diseño de portada

Jordi Monte Roqué

Basado en una fotografía original de Marco Mazzone,
con licencia [CC 2.0 Generic](#)

Maquetación

Ricardo Cebrián
Diana Gutiérrez

Agradecimientos

Leticia S. Murga
Nieves Álvarez
Diana Ballesteros
Carla Anaya

Juanma Pérez Rojas
Diana Rodrigo
Ana Ramírez

Banda sonora

[BSO del libro en Spotify](#)

Contacto

Correo electrónico:

cafe@editorialcafeconleche.com

Twitter: [@edcafeleche](#)

Facebook:

<http://www.facebook.com/edcafeleche>

Todos los relatos son propiedad de sus respectivos
autores.

© Editorial Café con Leche, 2014. Todos los derechos
reservados.

¿Un café?

www.editorialcafeconleche.com



Otros títulos en la serie *bestofthebest*:

Instinto animal:

Quince historias de lobas y cambiaformas